



Saludo de la Presidencia Internacional del Movimiento de Schoenstatt

Audiencia de SS Papa Francisco, Aula Pablo VI

El P. Heinrich Walter, superior de los Padres de Schoenstatt, en representación de la Presidencia Internacional del Movimiento de Schoenstatt le dará la bienvenida al Santo Padre, a continuación sus palabras de bienvenida:

Santo Padre,

Usted siente nuestra simpatía y nosotros percibimos lo bueno que es tener un Papa que busca el corazón de los hombres. Nosotros experimentamos cómo, a través de su cercanía personal, crece la alegría de la fe y la comunión en la Iglesia. A nombre de toda la Familia de Schoenstatt, de su Presidencia General, y de cada uno de sus miembros me dirijo a Usted. Estamos agradecidos y contentos que Usted tenga tiempo para nosotros. Santo Padre, Usted nos ha dicho a menudo que los pastores, por su cercanía a los hombres, deben oler a oveja. Esperamos que con este encuentro podamos transmitirle algo de la espiritualidad (que Dios nos ha regalado), de tal modo que en usted quede algo del olor mariano de Schoenstatt.

Hace 100 años comenzó la historia de nuestro movimiento. Ella está unida a la biografía de nuestro fundador. El padre José Kentenich sintió en su propia alma los dolores de su tiempo. Él creció sin padre y tuvo que pasar algunos años en un orfanato. Como estudiante padeció una crisis espiritual e intelectual. Él encontró en la Virgen María la respuesta a sus preguntas existenciales. Vivió en carne propia lo que significa una "periferia existen-

cial". En este horizonte y en la preocupación por los jóvenes que le habían sido confiados, Dios lo movió a sellar una Alianza de amor con María en la pequeña capilla del valle de Schönstatt.

La fundación del Movimiento se llevó a cabo durante la Primera Guerra Mundial. Muchos de los cofundadores murieron en ella. Durante la Segunda Guerra Mundial la experiencia original de la Alianza de Amor se afianzó, sobre todo en los años que pasó nuestro fundador en el Campo de Concentración de Dachau. Al recuperar su libertad partió a las periferias del mundo de aquel tiempo: Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Sudáfrica para servir a la Iglesia, fundando allí el Movimiento apostólico. Más adelante, el padre Kentenich y su obra sufrieron la incompreensión y aún el rechazo al interior de la Iglesia. La apertura al Espíritu Santo que impulsó San Juan XXIII (veinte y tres) a través del Concilio, hizo posible que se incorporaran tantos carismas nuevos en la Iglesia. En el año 1965, el P. Kentenich, fue rehabilitado por el beato Pablo VI.

Hoy, después de cien años, agradecemos esta conducción de Dios. Él nos ha llevado hasta las profundidades de la fe y a los confines del mundo. Dios nos ha confiado un carisma al servicio del mundo actual y de los desafíos del hombre de hoy. Él nos ha mostrado la belleza de María, Madre y Maestra de la Iglesia. El amor de Cristo y de la Virgen María nos impulsa a ser testigos de la fe y nos ayuda en nuestro caminar a la santidad.

Santo Padre, no siempre hemos estado a la altura de nuestro carisma. Lo llevamos en "vasijas de barro". Hemos experimentado la debilidad humana y también hemos cometido pecados. Pero después de cien años queremos reavivar la pasión del origen. Queremos ser fieles a nuestro origen, evitando caer en ideologías o en rigideces. Con este jubileo anhelamos una nueva vitalidad de nuestro carisma para el futuro. La pluralidad

y federatividad al interior de nuestro movimiento son un desafío permanente para nuestra unidad. No es fácil valorar al otro más que a sí mismo. Queremos seguir profundizando en la riqueza de nuestra espiritualidad y, al mismo tiempo, salir al encuentro de las necesidades de los demás, como lo hizo María que salió al encuentro de su prima Santa Isabel. Escuchemos ahora la palabra de Dios.

Roma, 25 de Octubre de 2014